

El enigma compostelano

Alberto Solana

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 71
Fecha	Madrid, diciembre de 2017
Páginas originales	211-224
Tipo documental	Artículo histórico y religioso
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-71-2017-211-224

RESUMEN DOCUMENTAL

Estudio sobre el origen del culto jacobeo y la verosimilitud histórica de que los restos venerados en Santiago de Compostela correspondan al apóstol Santiago el Mayor. El autor rechaza las explicaciones basadas en supuestas peregrinaciones paganas anteriores y revisa las tradiciones de predicación, traslado y sepultura, las fuentes documentales, el contexto altomedieval y los hallazgos arqueológicos. Aunque reconoce la imposibilidad de una demostración absoluta, sostiene que la convergencia de indicios hace plausible la tradición compostelana. El Camino se interpreta además como fenómeno histórico, cultural y espiritual cuya identidad resulta inseparable de la memoria apostólica que impulsó la peregrinación.

PALABRAS CLAVE

Santiago de Compostela · Camino de Santiago · apóstol Santiago · culto jacobeo · peregrinación · historia medieval

CITA BIBLIOGRÁFICA

Alberto Solana. "El enigma compostelano". Torre de los Lujanes, n.º 71, 2017, pp. 211-224. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.



EL ENIGMA COMPOSTELANO

Alberto Solana

¿**Q**ué es lo que ocurre en Santiago de Compostela que pone en marcha un fenómeno sin precedentes como es el Camino de Santiago?.

Es la Historia quien nos da la respuesta: el descubrimiento del Sepulcro Jacobeo en la alta Edad Media. Cabe dudar de la identidad de restos que guarda allí, pero este hallazgo es el único impulso generatriz acreditable del Camino de Santiago.

Algunos teorizan un origen muy anterior, fruto de supuestos antecedentes paganos pre-cristianos. La propuesta tiene, a mi juicio, escaso fundamento y se instala en planteamientos esotéricos y sensacionalistas. Los aludidos cultos celtas, son cultos locales, no cultos peregrinantes, menos a través del continente europeo por caminos entonces inexistentes. Sin negar el sincretismo de otros casos, el Camino de Santiago no es la cristianización de cultos paganos preexistentes en un salto imposible de muchos siglos.

El interrogante inicial puede, entonces, replantearse en estos términos: ¿de quien son los restos que se veneran en Compostela?, ¿es verosímil que sean los del Apóstol Santiago?.

El Hallazgo de la sepultura jacobea se produce en el primer tercio del siglo IX. Pero no en el 813 que se cita en las primeras fuentes, buscando el prestigio de Carlomagno, que murió en el 814. El 813 es un imposible histórico, pues aún no regía en Iria el obispo Teodomiro, protagonista del hallazgo; no pudo llegar al obispado de Iria antes del 819, propuesto como inicio de su obispado. El descubrimiento sepulcral debió ocurrir entre 820 y 830, probablemente el 829, fecha del primer documento en que se cita. La noticia impactó en toda Europa, nace la ciudad de Compostela y surge la llegada de peregrinos por un itinerario que fluctúa con la Reconquista por el tercio superior de la península ibérica. Pronto se hace una realidad objetiva al fijarse la ruta del Camino Francés, sobre el que se crean puentes, monasterios y hospitales en ayuda al peregrino, y es protegido con edictos reales que buscan repoblar y colonizar las tierras atravesadas por la ruta jacobea. La concesión papal del Jubileo lo refuerza como expresión cultural cristiana de Europa.

Se atribuye a Goethe decir que *Europa nació peregrinando a Compostela y que el cristianismo es su lengua materna*, lo que fuera de la legitimidad de su autoría, explica que el papa Juan Pablo II dijera a Europa en 1982 desde Compostela: “*Vuelve a encontrarte. Sé tu misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces...*”. La Tradición Jacobea es una de estas raíces, y bien merece un análisis de su contenido.

El análisis debe iniciar en una figura que está entre la Historia y la Leyenda, la de Santiago el Mayor, hermano de Juan Evangelista, hijo de Zebedeo y Salomé, insta-





SOLANA

lado en Betsaida, junto al mar de Galilea, donde su familia tiene una cierta hacienda centrada en la pesca.

La Llamada de Cristo a los apóstoles es muy sintética en las escrituras, pero entre Cristo y Santiago es acreditable una relación anterior. Entre ellos hubo relación familiar, cercanía geográfica y convivencia previa. Lo que las Escrituras nos cuentan como un instante, es el resultado de un proceso de conocimiento mutuo.

Se entiende así que Santiago sea de los tres apóstoles predilectos de Cristo, como revela su presencia en momentos clave del Nuevo Testamento, como la Transfiguración de Cristo, la resurrección de la hija de Jairo, y la Oración en el Huerto de Getsemaní. Recibe de su Maestro un nombre específico, Boanerges o hijo del trueno.

Es bien conocida la petición materna en que Salomé pide a Cristo que conceda un lugar preferente a sus hijos, momento es aprovechado por el Maestro para ganar el compromiso de los hermanos Zebedeo y para aleccionar a todos: *“El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos”* (Mt 20₂₆₋₂₇).

Pero en Santiago hay elementos legendarios que desvirtúan la dimensión histórica del personaje, y que interesa conocer para valorar lo que puede haber detrás de ellos. Tras la Resurrección y Ascensión de Cristo algunas fuentes sitúan a Santiago predicando en España, y en su retorno a Jerusalén es apresado y condenado a muerte por Herodes Agripa.

Veamos una síntesis de la Leyenda Jacobea. A la muerte de Santiago sus discípulos toman el cuerpo, lo llevan a Joppe, donde lo embarcan y lo trasladan por mar a Iria Flavia de la Galicia romana, en 7 días y por 7 discípulos dicen algunas tradiciones, se presentan a la reina Lupa que les conduce al legado romano de Dugio, quien los apresa como fugitivos de Roma; son liberados por un ángel, huyen y son protegidos de sus perseguidores por el hundimiento de un puente; vencen a un dragón y amanosan a unos toros bravos con la fuerza de la señal de la cruz, toros que conducirán mansamente el cuerpo santo hasta su lugar de enterramiento; Lupa se convierte y hace donación de lugar para la sepultura del cuerpo del Apóstol.

Procede ante todo analizar si entre los elementos históricos y legendarios podemos discernir entre lo fantástico y lo objetivo, y un buen punto de comienzo puede ser la mítica Barca de Piedra. Las versiones más antiguas dicen que Santiago llegó a las costas gallegas en una Barca de Piedra, lo que será pronto un recurso fácil para detractores, que ante el brillante argumento de la imposibilidad de que una nave de piedra flote, concluyen que la tradición es un relato mítico, sin contenido creíble y que no merece consideración histórica ni análisis científico.

Pero la Barca de Piedra no es un elemento constante, sino que aparece en las versiones populares antiguas de transmisión oral. Hay barcas de piedra en distintos lugares de Galicia, como Muxía y San Andrés de Teixido, cuyos rocosos acantilados son ricos en formas de nave que incitaba la creencia de las gentes primitivas. Y apare-





ALBERTO

cen barcas de piedra en otros puntos de litoral atlántico de Europa (Irlanda, Bretaña, Gales y Cornualles); es decir, que estamos ante la difusión de un elemento arcaico de las leyendas célticas, que impregna la Tradición Jacobea, pero que no es sustancial ni genuino en ella.

Otra explicación: “*Barca da pedra*” no alude al material del que la barca está hecha, sino a la función que desempeña, el traslado de mineral (oro y estaño) por vía fluvial y marítima, en sintonía con la ruta del estaño.

Sin una pretensión demostrativa la Barca de Piedra tiene una dimensión lógica que no autoriza a desestimar a priori la Tradición Jacobea.

Lo mismo cabe hacer con otros de los muchos elementos que mitifican el relato jacobeo, como los 7 días y los 7 discípulos que pueden explicarse como el uso bíblico del número 7. La lucha con el dragón y los toros bravos son también elementos simbólicos populares que representan la superación de dificultades. El ángel timonel o la mano divina que guía la nave o el hundimiento del puente que protege a los discípulos de sus perseguidores nos hablan de la protección divina al estilo de la travesía del mar rojo.

La conclusión útil de este apartado, es que la leyenda, aún su fantasía acumulada a través de las culturas y de los siglos, guarda un contenido coherente y comprensible, lo que constituye un primer substrato de verosimilitud.

El siguiente paso del análisis puede ser la valoración de las Escrituras. En los Hechos de los Apóstoles contrasta que, tras la muerte de Cristo, de los tres apóstoles favoritos, solo consta la presencia de Pedro y Juan, particularmente en la escena de la curación del tullido de nacimiento (Hch 3₁₋₈) frente al vacío de Santiago, del que nada se dice hasta su martirio, lo que puede estar sugiriéndonos que Santiago no está y bien cabe interpretar este largo y significado vacío como una “*Ausencia por viaje lejano y duradero*”.

En el relato de la muerte de Santiago contrasta la escueta mención de las Escrituras (Hch 12₁₋₂), frente a la información abundante de la muerte del diácono Esteban, que siendo menos relevante, en los Hechos se relata con extensión y detalle su nombramiento y labor (Hch 6₁₋₇), su arresto (Hch 6₈₋₁₅), su discurso (Hch 7₁₋₅₃), su muerte (Hch 7₅₄₋₆₀) y su entierro (Hch 8₁₋₃). De Santiago, nada se dice, ni si quiera que fuera enterrado, lo que sugiere que allí no fue sepultado. ¿Cómo se explica el vacío de uno de los apóstoles predilectos?. Si el diácono Esteban murió entre los años 32 y 34 y se guardan de él tantos detalles, ¿como no hay nada de unos de los líderes del cristianismo?. Es un significativo dato que puede entenderse como el *desconocimiento por una evacuación clandestina del cuerpo*.

¿Y de su Sepulcro?. No hay vestigio de culto sepulcral jacobeo en Jerusalén ni Palestina, de modo que se puede interpretar que no fue enterrado allí. Todo lo que queda de la memoria de Santiago es que fue decapitado en Jerusalén, y la carencia sepulcral contrasta con el culto que los Armenios rinden a la decapitación de Santiago





SOLANA

el Mayor en Jerusalén en un gran templo a Santiago el Menor. A Santiago el Mayor solo hay dedicado la capillita de la decapitación, pero la propia tradición armenia recoge que el cuerpo fue trasladado a Hispania. Son claros criterios de que Santiago *no fue enterrado en Jerusalén*. La ausencia de su figura en las Escrituras, la carencia de culto sepulcral, y la tradición armenia, justifican bien algo que sintoniza con la leyenda: que Santiago se ausentó largo tiempo, que a su vuelta fue ejecutado, y luego clandestinamente evacuado a un lugar lejano.

Sobre la decapitación de Santiago, Herodes Agripa, educado en Roma, al ser restituido en el gobierno judío, necesita avenirse con el pueblo y el Sanedrín, y asesorado por éste, manda detener a Santiago y le condena por traición al judaísmo, cuya pena, según tradición israelí, es decapitación sin sepultura.

Gran valor cobra la Liberación de Pedro, detenido por Herodes a continuación de Santiago para ajusticiarlo y ganar crédito entre los judíos. Se cuenta luego su liberación milagrosa y la contrariedad de Herodes, que ordena represalias contra la guardia, lo que junto a que el naciente cristianismo contaba con apoyos en todos los sectores de la sociedad judía y romana, nos habla de una trama liberadora que logra salvar a Pedro pero que no llegó a rescatar Santiago, al menos en vida. Todo transcurre durante el gran debate de la “apertura a los gentiles”, que choca frontalmente con el judaísmo, generando la persecución y detención de los apóstoles. La represalia de Herodes y la falta histórica de sepulcro en Jerusalén y Palestina, dan sentido a la evacuación clandestina del cuerpo de Santiago.

La conservación del cuerpo es otro escoyo que, lejos de ser insalvable, se entiende bien con la cita en los Hechos de los Apóstoles de Simón el Curtidor (Hch 10⁵⁻⁶). La fachada de su casa aún se conserva y es visitable. Este Simón, experto en conservar cuerpos y pieles, era fiel al cristianismo, residía en Jope (Jafa), y hospedó a Pedro en su casa, estratégicamente situada frente a mar, junto al faro. Estando allí Pedro fue requerido por el centurión Cornelio, el primer gentil bautizado, centurión de una cohorte de la ciudad hispana de Itálica, como muchos de sus soldados, en modo que su participación en la encrucijada jacobea, con una guardia romana que necesitada huir de la represalia herodiana, justifica bien que la fuga, con el cuerpo de Santiago tratado por Simón el Curtidor, encontrara una vía idónea de evacuación desde Jope, por mar, y su destino pudiera ser muy bien las tierras de la Bética hispana. Todo da sentido a la evasión a Jope, la conservación del cuerpo y la evacuación por mar, de modo que la vieja Tradición Jacobea no es una opción caprichosa e increíble, sino una opción coherente y la respuesta más factible en las circunstancias de la muerte de Santiago.

La travesía Palestina-Galicia era ya dominada por los fenicios, fundadores de Cádiz diez siglos antes de Cristo, y herederos de la ruta del estaño hasta las islas británicas a través del Atlántico, pasando por las costas de Galicia; es decir que la ruta marítima de la traslación jacobea era bien conocida y frecuentada ya en tiempos apostólicos. Y la existencia del puerto romano fluvial de Iria Flavia en Pontecesures, desde tiempos de Tiberio (42 a.C.-37 d.C), permitía el traslado de un judío desde



ALBERTO

Palestina hasta Iria, en el siglo I, en una de las naves que hacían, bajo la pax romana, periódicamente esa ruta.

El Finisterre era una referencia apostólica: “*daréis testimonio de mí en Judea, en Samaria y hasta el fin de la Tierra*” (Hech 1₈), dicen las *Escrituras*, en donde el evangelista Lucas alude expresamente este logro.

El hallazgo sepulcral y la identificación del obispo Teodomiro, plantea los grandes interrogantes: ¿Porqué Santiago?, ¿Porqué en España?

El Tumbo A de la Catedral de Santiago, cartulario que recoge los privilegios otorgados por los monarcas hispanos al Señorío de Santiago, contiene un documento de gran valor argumental: una copia de los tiempos de la sede iriense, aún no existente Compostela, señalando que Iria acogió a los obispos de Tuy y Lamego, emigrados durante la invasión musulmana, en honor de Santiago, un siglo antes del descubrimiento del sepulcro. Es decir, que el Obispo de Iria guardaba memoria de que el Apóstol Santiago tendría su sepultura en algún lugar cercano a Iria. Entre los siglos VI, VII y VIII en Galicia y Asturias, en Francia e Inglaterra, surgen iglesias dedicadas a Santiago antes del descubrimiento sepulcral, de modo que el culto y la proximidad del sepulcro apostólico podrían estar relacionados, y la exhumación de Teodomiro pudo ser la de una tumba escondida, pero de existencia local conocida.

En su epístola a los Romanos (Rom 15₂₃₋₂₄) Pablo anuncia su propósito de viajar a España, en términos que sugieren una evangelización previa: “...espero que me encaminéis hacia España...” en modo que parece pedir indicaciones de cómo dirigirse allí.

Una tradición europea sitúa a Santiago en España enviado por Pedro y Pablo, lo que fuera de su veracidad, acredita que España fue un objetivo apostólico, con una iglesia establecida ya en el siglo II, como reflejan citas de San Ireneo de Lyon (180), Tertuliano (202), Cipriano de Cartago (255), o las cruentas persecuciones al cristianismo que acreditan su arraigo. Es decir que el cristianismo en España está instaurado en el siglo II, y sus primeros inicios tuvieron que ser muy anteriores, verosímilmente durante el siglo I.

Si el culto jacobeo es verosímil y trascendente: ¿Cómo pudo olvidarse?. La identificación de hechos y personajes se vio deformada por componentes legendarios que hacen difícil su reconocimiento, resultando la Confusión de los Santiagos. Sobre los territorios de predicación y de sepultura, los códices anteriores al hallazgo de la tumba jacobea, muestran un significativo contraste entre la unidad de destino de distintos apóstoles frente al destino plural del apóstol Santiago. ¿Porqué esta diferencia?





SOLANA

	TERRITORIOS DE PREDICACIÓN	LUGAR DE SEPULTURA
PEDRO	Jerusalén y Roma	Roma
PABLO	Muchos, hasta Iliria	Roma
TOMÁS	Persia	Edesa
ANDRÉS	Grecia	Patras
JUAN	Asia Menor	Éfeso
	Palestina, Judea, Samaria, España	Palestina, Judea / Marmárica, Galicia

La causa está en la confusión entre personajes con el mismo nombre: Santiago el Mayor, Santiago el Menor y Santiago Alfeo. Incluso un cuarto nombre, Santiago Baradeo (†578), con adeptos llamados *jacobitas*, que predicó y murió en tierras de Marmárica, de modo que la tumba citada allí no sería la de Santiago el Mayor, sino la de este Santiago. Lo que ocurre aquí es que se amalgama la figura de un Macro-Santiago único, en que se confunden los personajes, el lugar de predicación y el de sepultura.

De modo que es verosímil la existencia del culto jacobeo antes de alcanzar su difusión en el siglo IX, y sobran razones que justifican la confusión y el olvido, como el anonimato apostólico, el interés tardío por la vida de los apóstoles, la clandestinidad del proceso jacobeo, la confusión sobre la figura de Santiago, las equivocaciones sobre el topónimo, y razones como las persecuciones romanas, la invasión por los suevos y el Islam, y las despoblaciones por guerras, enfermedades o hambrunas. Si estos hechos pueden explicar separadamente la pérdida de un pasaje lejano y local de la historia, mucho más cuando se asocian.

El relato del descubrimiento también es legendario: En tiempos de Alfonso II el Casto, el anacoreta Pelayo, cercano a la aldea de Solovio, fue testigo de luminarias en el bosque de Libredón en que vivía, recibiendo en sueños el oráculo de los ángeles de que se trataba de los restos del Apóstol. Los fieles que compartían el conocimiento del fenómeno, informan al obispo Teodomiro, quien se presenta en el lugar y, sorprendido por el hallazgo, ordenó a la comitiva guardar tres días de ayuno, tras los que mandó abrir brecha en el bosque para ver lo que contenía, y descubre en medio de la espesura, un pequeño edificio con un altar, en cuyo interior descubrió una tumba que identifica como la del Apóstol Santiago.

El hecho es interpretado por muchos como fruto del **Oportunismo**: un oportunismo militar, para el que todo sería un montaje al servicio de la Reconquista, y un oportunismo eclesiástico para el que todo sería un montaje al servicio de la Iglesia. Muy esgrimido, este oportunismo es tan aparente como inconsistente; pues Santiago ya era motivo de culto en el norte español y considerado patrón protector mucho



ALBERTO

antes del hallazgo de su tumba. Entre el comienzo de la Reconquista (sobre el 722) y el momento de la *Inventio* (sobre el 829), transcurre más de un siglo, y tardará siete más en completarse. Establecer aquí una relación causa efecto parece inconsistente. Pero el discurso del oportunismo deja huella, y se cuestiona la historicidad de Teodomiro y la preexistencia de Compostela. El dilema está servido: ¿todo es fruto de un montaje o hay elementos objetivos de verosimilitud?.

Las excavaciones realizadas bajo el subsuelo de la basílica compostelana vienen a documentar este dilema.

Las teselas de revestimiento ornamental de mármol y pórfido, propia de los mosaicos romanos, o los objetos de vidrio de los siglos I y II, junto a hallazgos más recientes en la Plaza de la Quintana y el Claustro, confirman un Asentamiento Romano Alto-Imperial en lo que después será el locus apostólico. La interpretación dinámica de los hallazgos arqueológicos descubren una conversión como centro de culto sepulcral que genera la ciudad de Compostela, primero en torno al edículo sepulcral romano, después custodiado en las basílicas de los reyes astures y luego en su espléndida catedral románica, constituyendo elementos reconocibles por la arqueología como raíces del fenómeno jacobeo que transforma un culto sepulcral local en culto peregrinante de dimensión europea.



Estudios arqueológicos de 1988 revelan la existencia de *fenestellas de culto martirial* en los sepulcros de los discípulos del Apóstol, ventanitas para obtener *brandea* o reliquias por contacto con los restos del mártir. El hallazgo indica que se trata de culto cristiano de época romana. En el tapón de la fenestela se encontró la inscripción *Atanasio Martir*, precisamente uno de los discípulos de la leyenda jacobea, en grafía griega y hebrea con signos de simbología mística, que podrían emparentarlo con el cementerio del Monte de los Olivos de Jerusalén. Es una argumentación consistente aunque pendiente de confirmación académica.





SOLANA

La conclusión de estos hallazgos, aun con margen a futuros análisis e investigaciones, no dejan ninguna duda de que Compostela no es un invento ni un montaje, sino un verdadero hallazgo, con antecedentes no reflejados en las crónicas, que guardan una sorprendente aproximación con la legendaria Tradición Jacobea.

En la evolución del sepulcro y de su culto cabe describir cuatro fases:

La primera es la fase de Mausoleo romano pre-cristiano, a inicios o mediados de siglo I. Se trata del panteón funerario de la noble hispanorromana “*Atia Moeta*” y su familia, tal como escribe el título sepulcral del mausoleo. A partir de cierto momento, acepta el enterramiento de un personaje emblemático compatible con el Apóstol Santiago.

La segunda es la fase de Cristianización y culto sepulcral, a inicios del siglo II. Las sepulturas de los personajes identificados como el apóstol Santiago y sus discípulos Atanasio y Teodoro, pasan a ocupar la prioridad del mausoleo y se les sitúa en el lugar preferente del edículo, y en su parte superior se instala un altar con el que fue título sepulcral. Es decir, lo que era un mausoleo privado, se convierte en templo cristiano de culto colectivo.

Sigue una fase de ocultamiento entre mediados y finales del siglo II. Como medida de seguridad y protección, se cubre el edículo por un muro envolvente abovedado de sillería, se construye un muro de contención del terreno alineado con el mausoleo, y se provoca el ocultamiento bajo tierra de parte o todo el edificio, lo que genera la proliferación, espontánea o provocada, de vegetación abundante que deja soterrado el conjunto.





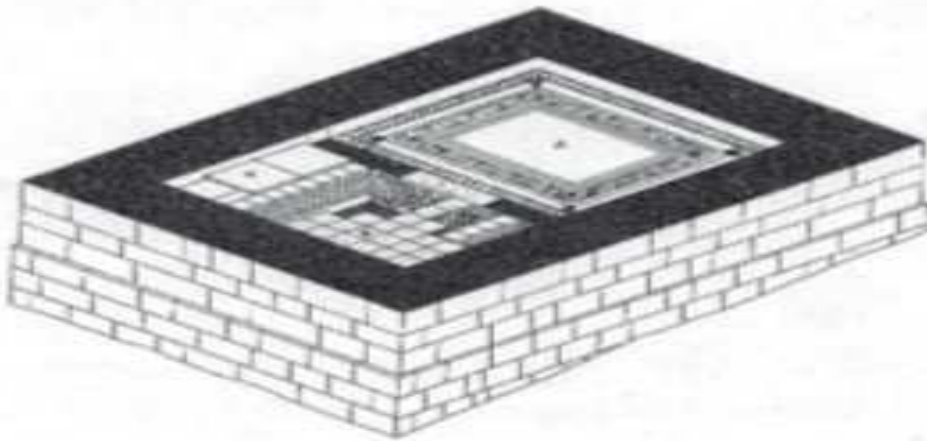
ALBERTO

Finalmente una fase de necrópolis paleocristiana. A finales del siglo II surgen las primeras tumbas y a partir del siglo III se suceden los enterramientos cristianos hasta el siglo VII, en que se suspenden por despoblación (hambruna, enfermedades), se minimiza la actividad local y el lugar se sumerge en la vegetación donde permanece oculto hasta su descubrimiento. Antes se suceden en el tiempo sepulturas romanas primero, suevas luego y medievales después, pero con elementos comunes que hablan de un culto común que se transmite.

En este proceso dinámico desde el mausoleo pagano, encontramos una serie de criterios que acreditan la continuidad de los restos compostelanos.

El **Ara de San Paio** es el título o lápida pagana con la dedicatoria original del mausoleo, reconvertida en ara cristiana para el culto de tres hombres venerados que centralizaron la ocupación del mausoleo entre finales del siglo I e inicios del II. Su inscripción guardar conexión con la legendaria reina Lupa de la Tradición Jacobea, en en nombre de *Atia*, con el adjetivo de *moeta* (traducible como majestad).

Mosaico Sepulcral. De factura romana, su estratigrafía reconoce que fue instalado, a mediados del siglo II, reconoce la existencia de un largo periodo de silencio arqueológico inalterable entre la segunda mitad del siglo II y el siglo IX en que lo descubre Teodomiro, periodo que garantiza la preservación de la cámara sepulcral y de su contenido. Es decir, lo que descubre Teodomiro fue sepultado antes de la mi-



tad del siglo II, y después no se realizó ningún otro enterramiento hasta el hallazgo del siglo IX.

Lauda de Teodomiro. Es la lápida de la tumba del obispo protagonista del hallazgo del sepulcro. Ignorada durante siglos, se descubre durante las excavaciones del subsuelo de la catedral el 17 de Septiembre de 1955, una gran losa granítica con una inscripción que nos revela la fecha de su muerte (20 de Octubre de 847), certificando la historicidad del personaje y la importancia de su hallazgo, cuya relevancia generó el traslado desde la original sede de Iria a un nuevo lugar, construir allí su sede





SOLANA



episcopal sin designación eclesiástica y situar su propia sepultura, en plena sintonía con el culto sepulcral que subyace en Compostela.

El ataque a Compostela en 997 por **Almanzor** es un momento clave en la integridad del edículo y su contenido. La coincidencia entre crónicas árabes y cristianas en el respeto al sepulcro da valor histórico al hecho. Almanzor encontró un viejo monje sentado junto a la tumba del santo. Le preguntó: “¿Por qué estáis ahí?”, “Para honrar a Santiago”, respondió el monje, y el vencedor dio orden de que le dejaran tranquilo y de poner guardia de protección.

Otro episodio histórico relevante sobre la integridad de los restos del sepulcro jacobeo lo protagoniza el arzobispo **Diego Gelmírez**. Terminada la catedral, Gelmírez se propone eliminar del presbítero el edículo sepulcral y sustituirlo por un bello baldaquino que permita un culto abierto a toda la catedral. Solo lo conseguirá tras vencer la sólida resistencia del Cabildo, que se opone por considerarlo obra apostólica. Tras conseguirlo, secciona el edículo que sobresale en medio del presbiterio, dejando solo la parte soterrada. La consecuencia es que se pierde el acceso al ámbito sepulcral y el contacto con los restos. Antes de consumarlo, Gelmírez concede una última donación de un resto óseo, al obispo de Pistoia, que tendrá luego gran importancia en el redescubrimiento de los restos. Con el tiempo esta pérdida de contacto genera dudas sobre la existencia de los restos hasta generar desprestigio del culto jacobeo y las peregrinaciones.

En 1879 el cardenal Payá, con la excusa de hacer reformas, acomete unas excavaciones encubiertas para resolver esas dudas y tras varias prospecciones termina localizando un nicho alternativo en el trasaltar. ¿Porqué este cambio de lugar?. Tres siglos antes el arzobispo Juan de Sanclemente mandó esconder secretamente los restos para protegerlos del ataque de Drake en 1589 a La Coruña, amenazando llegar Compostela y profanar sus reliquias, declaradas “*principal emporio de la superstición papal*”. Se guardó el secreto con tanto celo que desaparecieron los pocos que lo sabían sin comunicarlo, y durante tres siglos el lugar de localización de los restos del Apóstol vuelve a quedar ignorado.

Los restos se sometieron a un riguroso análisis antropológico y químico por catedráticos de la Facultad de Medicina de Santiago. Perteneían a tres varones de la antigüedad, detectándose la presencia de restos de cera e impregnación de sustancia





ALBERTO

de los ladrillos romanos del sepulcro original, lo que acreditaba que, con precipitación y nocturnidad, los restos habían sido trasladados desde su lugar habitual hasta este nicho alternativo y que se trataba por tanto de los mismos restos enterrados en el edículo romano en el siglo I y después hallados por Teodomiro.

Aquí juega un papel decisivo la Reliquia de Pistoia que Gelmírez donó a San Atón en 1138 y que resultó ser un fragmento de la apófisis mastoidea del hueso temporal del cráneo justamente la que faltaba a uno de los cráneos compostelanos. Se entendió como una confirmación de la identidad de los restos. Solo entonces León XIII emite en 1884 la Bula Deus Omnipotens declarando que los restos encontrados eran del Apóstol Santiago el Mayor y sus discípulos Atanasio y Teodoro.

La Conclusión es que hay un hilo conductor continuo que nos habla de una garantía en el origen de los restos y no de un montaje falsificador. Pero la duda ya está sembrada y hasta resulta atractivo desmentir científicamente la Tradición Jacobea y crear otras teorías que buscan explicar el culto jacobeo.

Otro modo de análisis es precisamente ver que dicen las hipótesis de los detractores. Tres son la que merecen el interés de este análisis: la hipótesis del Silencio, la hipótesis Emeritense, y la hipótesis Priscilianista. Las tres, diseñadas o apoyadas por eminentes hombres eclesiásticos, testimonian que la Iglesia nunca modeló un fenómeno jacobeo a su medida. La tercera, a pesar de su invalidez arqueológica, es la que ha despertado mayores simpatías.

La **Hipótesis del Silencio**, desarrollada por Mons. Louis Duchesne en su artículo de 1900 *Saint Jacques en Galice*, propone que si Santiago hubiera predicado en Hispania, sería imposible el silencio de los autores hispanos de la antigüedad. No cabe hablar de tal silencio. Entre los siglos IV y VII hay testimonios como Dídimo de Alejandría, San Jerónimo, Teodoreto de Ciró, Hesiquio de Salona, Breviarium Apostolorum, Aldelmo de Malmesbury, Veda el Venerable, que acreditan bien que estamos ante una Tradición que se transmite y que se expresará en autores hispanos como Isidoro de Sevilla y Beato de Liébana. El argumento del silencio se apoya demasiado en tachar muchas referencias como falsas, tardías, inútiles, retóricas, doctrinales, genéricas, oportunistas, interpoladas, o ecos reiterativos, desestimando indicios y vestigios, amplificando un supuesto silencio y viéndolo todo como el fruto de un complot falsificador a través de los siglos, o simplemente el resultado de un error. De haber sido así, la Historia y la Arqueología lo habrían detectado, pero tanto los indicios históricos como los hallazgos arqueológicos no se orientan en absoluto hacia el vacío o el silencio, que hoy día carece de fuerza argumental.

Hipótesis Emeritense. El monje benedictino y medievalista Fray Justo Pérez de Úrbel, ante la aparición de una inscripción en Santa María de Mérida, con un supuesto Santiago en último lugar de una larga lista, explica la cuestión Jacobea como el pseudo-traslado de una reliquia de Mérida en el éxodo cristiano a la invasión musulmana, desde la diócesis de Mérida a la de Iria-Compostela, bajando el Guadiana y subiendo la costa occidental de la península.





SOLANA



Un autor nada “jacobea” como Sánchez Albornoz detectó defectos insalvables que invalidan la teoría. No hubo tal emigración eclesiástica, y lo que ofrece Compostela no es la última reliquia de una larga lista sino todo un conjunto de restos sepulcrales respaldados por hallazgos arqueológicos.

Lo lamentable del caso es que tras su aparición en 1956, y a pesar de ser un error evidente, sigue exhibida en las sucesivas ediciones de la Hª de España de Menéndez Pidal, con la rotundidad de quien expone una realidad histórica concluyente, induciendo al lector a dar por cierto lo falso, por el anquilosamiento editorial de la obra. Si nadie lo remedia también las futuras ediciones de esa prestigiosa Historia de España seguirán mostrando como recién salida del horno la hipótesis de Pérez de Urbel, engañando al lector y perpetuando un error. En otras disciplinas científicas esto es inaceptable. La Historia, en cambio, se permite este lujo.

Finalmente la **Hipótesis Priscilianista**. Propone que el ocupante del sepulcro compostelano no es Santiago sino Prisciliano. Este asceta hispano del siglo IV se adhiera a un movimiento crítico hacia una iglesia acomodada que, en una escalada épica, es condenado por brujería y herejía. Su muerte desata el seguimiento póstumo, que arraiga particularmente en Galicia, bajo la tolerancia sueva. Se plantea como posibilidad en forma de sospecha a partir de que ambos fueron decapitados y trasladados a Hispania. El halo legendario del traslado jacobea frente a la certeza del traslado priscilianista, hace legítimo pensar que el traslado fuera el de Prisciliano y que la memoria apagada de éste se confundiera con la de aquel, y la opción nace con una verosimilitud argumental de partida.

Su error está en establecer una exclusión mutua entre Santiago y Prisciliano, como protagonistas incompatibles de un mismo fenómeno del que uno de los dos debe ser descartado. Prisciliano, para quien se propone otras posibles localizaciones de su sepulcro, merece seguramente una rehabilitación histórica, pero no a costa de Santiago. Prisciliano y Santiago son compatibles, como acredita el ferrolano Xosé Leira en “Xacobe e Prisciliano”. Incluso el arraigo del priscilianismo en la Gallaecia romana es un buen indicio de un cristianismo galaico primitivo.

Vimos ya los criterios sólidos que resuelven el caso: el largo “Silencio arqueológico” del sepulcro jacobea inalterado desde su inhumación desde mediados del siglo II hasta su hallazgo en el IX, con la particularidad de que fue sellado por un mosaico



ALBERTO

ornamental del siglo II que existía, por tanto, mucho antes de Prisciliano. El mosaico, junto a la evolución arqueológica del edículo, sus fenestelas martiriales, la inscripción *Atanasio Mártir*, el ara de San Paio, y la valoración dinámica, integral y multidisciplinar del conjunto, acreditan un culto muy anterior a Prisciliano. Un enterramiento en el siglo IV o V, hubiera sido detectado por la arqueología, y la tesis priscilianista tendría entonces su verosimilitud. De espaldas a su falsedad, la hipótesis priscilianista, contradictoriamente, sigue teniendo eco entre escritores y novelistas, y sea por intereses editoriales, pasión nacionalista, desconocimiento técnico, anticlericalismo, esoterismo, ficción o morbo, que de todo hay, es un tema que se recicla como producto literario y periodístico polémico. No es infrecuente su tratamiento poco riguroso en los medios de difusión, que en el seno de programas divulgativos de sensacionalismo esotérico, venden supuestos hallazgos como si fuesen verdades de la Nueva Era. Este lamentable y casi voluntario error, creo que se mantiene por el hecho de que la identidad del sepulcro jacobeo sigue siendo cuestionable, y no porque sea legítimo situar a Prisciliano en Compostela.

Las pruebas arqueológicas, de obligado cumplimiento en un sepulcro romano, descartan a Prisciliano en Compostela, pero no desmiente su realidad histórica, ni su legado, ni la necesidad de su rehabilitación en la memoria de la historia, ni la existencia de un lugar de sepultura, en algún otro lugar, tal vez también el Galicia.

Completando el análisis multidisciplinar, procede dar, aunque sea una breve pincelada, a la valoración de la prueba del Carbono-14. Se ve esta opción científica una solución segura a la cuestión jacobea. La realidad es muy diferente pues no se trata aquí del valor incuestionable de la prueba sino de la muestra ósea a la que se debería aplicar, unos restos que por haber estado mucho más tiempo fuera de la urna que los custodia que dentro de ella, y haber sufrido en este tiempo desplazamientos, cambios de ubicación, fragmentación, destrucción, mezclas y contaminaciones, el estudio es considerado por los especialistas como no recomendable y nada determinante, además de ineficiente por los elevados costes que exigiría. La limitación consistiría en que el resultado sería, con toda probabilidad, un intervalo cronológico muy abierto, de varios siglos, entre los restos más antiguos y los menos antiguos del conjunto, que haría totalmente ineficaz el estudio. Constatar una antigüedad coetánea a los tiempos de Cristo o de Prisciliano, es más un deseo que un logro garantizable por la ciencia. Desde una confianza hipotética y ciega en la ciencia puede pensarse otra cosa, pero es más que cuestionable creer que el C14 tiene la clave de la incógnita, y no hay garantías de resolver con precisión una datación tan selectiva ante una muestra tan abierta.

Lo frecuente hoy día es que el peregrino conceda gran importancia a la vivencia del Camino como experiencia personal, y muy poca o ninguna a la figura del Apostol Santiago. Se suele decir que la importancia de las reliquias es secundaria y la vivencia del Camino hoy se ve como lo prioritario. Como peregrino lo comprendo bien, por cuanto se vive con singular protagonismo el día a día que el camino nos propone, una vivencia que tiene su propia mística y sus argumentos propios como la vivencia trascendente de la naturaleza, el encuentro consigo mismo, el protagonismo a cada paso, la liberación de ataduras y prejuicios sociales, la superación de fatiga, la solidaridad



SOLANA

en el compartir, la nueva escala de valores, la visión solidaria del prójimo, etc., valores todos importantes que no requieren cuestionarse si los restos de la sepultura compostelana son o no los del Apóstol Santiago el Mayor. Pero el Camino de Santiago es cauce de una ruta de peregrinación y contenido ideológico y cultural de la misma, y ambos, cauce y contenido, definen su identidad geográfica, histórica y cultural. Camino y Tradición son dos caras de una moneda. Ambas tiene su propio interés y juntas cobran su máximo valor. Olvidar la Tradición sería olvidar una mitad del Camino.

Como conclusión final, creo verosímil que los restos compostelanos sean los del Apóstol Santiago el Mayor por la concordancia de los criterios aquí revisados. Si las distintas hipótesis contrarias han sido fallidas en su intento de explicar el origen del culto jacobeo, si no hay prueba ni coartada que desmienta ni contradiga la Tradición de la predicación de Santiago en España y del traslado y hallazgo de sus restos en Galicia, y por el contrario hay indicios, testimonios, documentos y hallazgos que confluyen en su viabilidad, y el contexto histórico la hace compatible y posible, hay, cuando menos, que admitir su verosimilitud.

Compostela y su Camino son una referencia para el Mundo y la Cristiandad. Quizás sea esta la clave del enigma y más importante que los restos lo que hay en Compostela es una voluntad milenaria que hace legítimo el culto jacobeo y la peregrinación.

La cultura jacobea nacida de la Tradición del Apóstol Santiago, es un espacio idóneo para la vivencia personal, tanto desde el culto y la fe, como desde la vivencia pragmática del Camino, en donde lo sagrado y lo profano van de la mano.

